

lantó así, con el defecto de ejercicio, y sobre todo con el trabajo inmenso que necesitaba la redaccion de sus Memorias, la época en que, segun su expresion enérgica, el cielo de Santa-Helena encargado del atentado de su muerte, debia consumarlo.



CAPITULO II.

ENFERMEDAD Y MUERTE DE NAPOLEON.

EL conde de Lascases, chambellan de Napoleon, á quien se deben los preciosos y tiernos recuerdos de los quince primeros meses de Santa-Helena, habia sido arrancado á la confianza y á la amistad del cautivo, por su implacable carcelero. Una carta insignificante, confiada á un viajante, sin haber sido presentada abierta al gobernador, fue la causa inocente de la separacion de M. de Lascases y del jóven Manuel, su hijo, niño entonces, que despues fue á vengar públicamente en Londres, sobre la persona de sir Hudson Lowe, los ultrajes hechos á su padre y á Napoleon que los vió, desde su ventana, arrastrados por los soldados. Con una barbarie igual, se le quitó el médico del *Northumberland*, O'Meara; era muy culpado á los ojos de Hudson Lowe; que-ria mucho á Napoleon, que tambien le profe-

saba mucho afecto ; habia querido ahorrar un atentado á su patria , escribiendo al ministerio ingles que el clima de Santa-Helena era mortal para Napoleon. Para mayor desgracia, el general Gourgaud , que desde su vuelta á Europa no ha cesado de defender á Napoleon durante su vida y despues de su muerte , se vió obligado , por falta de salud , á separarse del soberano de su eleccion , de manera que Napoleon se vió privado de repente , de cuatro compañeros , que , por la diversidad de sus servicios y de sus talentos , contribuian cada dia á hacer menos pesada su existencia. Solo quedaron los generales Bertrand y Montholon.

A pesar de las órdenes del gobernador , O'Meara habia dado cuenta á Napoleon de su salida. « El atentado será mas pronto , dijo » éste.... Cuando llegueis á Europa , id á ver » á mi hermano José y decidle que os dé el lio » que contiene las cartas particulares y confidenciales que me han escrito los emperadores Alejandro y Francisco , el rey de Prusia » y los otros soberanos de la Europa , que le » entregué en Rochefort.

» Las publicareis , para avergonzar á esos soberanos y descubrir al mundo los viles home-

» nages que me tributaban cuando me pedian » favores ó perdon , etc. , etc. Adios, O'Meara , » no volveremos á vernos ! Procurad ver á mi » hijo y decidle que jamás se olvide que ha » nacido príncipe frances !

El doctor Stokoë , cirujano del navío el *Conquistador* , reemplazó al doctor O'Meara , y fue despedido tambien por el gobernador. Napoleon se quedó sin médico durante mas de un año. Entonces , y cuando el mal se habia hecho ya incurable , llegó de Florencia el doctor Antomarchi con los capellanes Buonavita y Viñali , enviados de Roma por el cardenal Fesch ; los tres eran compatriotas de Napoleon. La primera entrevista con Antomarchi , el 23 de septiembre de 1818 despezó su corazón conmovido por los recuerdos mas tiernos ; recibió entonces con el mayor júbilo el retrato de su hijo , al que miró mucho tiempo con los ojos bañados en lágrimas : « Querido hijo , exclamó , si no caes víctima » de alguna infamia política , no serás indigno » del que te dió el ser. »

Enmedio de los dolores crueles que le atormentaban , su mas dulce diversion consistia en llamar á los hijos del gran mariscal , en pre-

senciar sus juegos y componer sus pequeñas discusiones; pero nada le distraía de sus altos pensamientos, todos relativos á la Francia que ocupaba enteramente su alma grande y generosa, á la que se ha querido negar la sensibilidad. Atado á la peña de Prometeo, Napoleon hablaba con una ternura de hijo de la isla en que habia nacido: « La patria! la patria! Si Santa-Helena fuera la Francia, estaría con gusto sobre este peñon horroroso.» Los cuidados del médico y la docilidad del enfermo habian producido una mejora sensible en su estado; el 13 de noviembre paseándose en su jardin, aunque débil todavía, se sentó, y mirando tristemente á su rededor, dijo al doctor Antomarchi: « ¿Dónde está la Francia y su clima ameno: si me fuera posible verla aun! Si pudiera respirar á lo menos un aire que hubiese pasado por ese dichoso pais! Cómo alivia el suelo que nos ha visto nacer! Anteo restauraba sus fuerzas con tocar la tierra; este prodigio se renovaría en mí; lo conozo, me hallaria vivificado con solo atisbar las costas de Francia. Nuestras costas! No me acordaba ya que la cobardía ha hecho una sorpresa á la victo-

ria; no hay que apelar de sus decisiones. »

El año de 1819 pasó en unas alternativas de enfermedad y de alivio, que acabó con una recaída grave, cuyo resultado daba mucho cuidado; pero á pesar de sus males, la memoria de Napoleon, siempre presente y su imaginacion, mas viva que nunca, le recordaban los sucesos con una fidelidad admirable, y cuando los referia, se le escapaban unos rasgos de genio que llenaban de admiracion á sus fieles compañeros.

En los primeros meses del año de 1820, Napoleon parecia haberse restablecido, pero la ilusion duró poco; el mal era demasiado grave para curarse en un clima tan funesto. El doctor O'Meara, viendo los informes del doctor Stokoë y movido del tierno afecto que profesaba al ilustre cautivo, escribió el 20 de julio á lord Bathurst para recordarle todo cuanto le habia manifestado de la insalubridad del clima de Santa-Helena para Napoleon. La declaracion del doctor tan precisa como enérgica, hubiera debido disipar todas las dudas del ministro ingles; acababa pidiendo que se le permitiese volver á Santa-Helena para cuidar de la salud del PACIENTE. La expresion tan

enérgica de *Paciente* habia sido propuesta por el gran-mariscal Bertrand y admitida por el gobernador sir Hudson Lowe, en lugar de las calificaciones de Emperador y de General, la una rechazada por los Ingleses y la otra por los Franceses. Lord Bathurst no quiso oír la proposición del generoso O'Meara y cargó con la responsabilidad de una disposición que equivalía á una sentencia de muerte. En Santa-Helena como en Londres, se preveía el fin de la agonía dolorosa de Santa-Helena. El 20 de julio, el doctor Antomarchi dirigió al doctor Colona, para ser comunicada á la familia de Napoleon, una carta que anunciaba, no un peligro inminente, sino la triste seguridad de que la enfermedad de Napoleon era mortal. Sin embargo, el 31 del mismo mes, el enfermo parecia restablecido; pero el fuego cundía bajo las cenizas. Las noticias infaustas, que de intento se habian esparcido sobre Napoleon II, habian herido el corazón de su padre. Felizmente llegó la noticia de que el joven príncipe habia sido promovido al grado de cabo de escuadra: « Al fin respiro! » dijo el Emperador, y pasó algunos dias menos trabajosos.

Pero el mal aumentaba con rapidez. Enme-

dio de sus dolores, Napoleon se entretenía en recuerdos de Francia, de Italia, de Egipto y de su familia. Al recibir la noticia de la muerte de su hermana la princesa Elisa, dijo á su médico: « En vano esperais conservar » una vida que luego acabará; la primera per- » sona que ha de seguir á Elisa en el sepulcro » es ese gran Napoleon que está vegetando y » que, sin embargo, tiene todavía alarmada á » la Europa. » No se equivocaba; en efecto, las revoluciones de España y de Nápoles alarmaron á la Inglaterra, y sus temores fueron tan grandes, que su impresión duraba todavía cuando, en 1827, sir Walter Scott escribía: « No se puede calcular el efecto que hubiera » producido su nombre en aquel momento de » conmoción general. » Napoleon se estaba muriendo, al paso que lord Bathurst le veía ya con las armas en la mano, en medio de la Italia.

El año de 1821 empezó bajo unos auspicios funestos. Napoleon iba declinando por instantes; pero su espíritu se ocupaba incesantemente de la Europa y de su porvenir. Hablaba de la Italia como un hombre que tenía sobre aquel país grandes y justos designios; sentía

amargamente no haber hecho de la Península una potencia única é independiente, donde su hijo hubiera reinado. En el mes de febrero apareció un cometa encima de Santa-Helena; desde luego Napoleon se acordó del que apareció cuando la muerte de Julio César, y discurreó que su propia muerte se aproximaba. Todos los que le rodeaban le instaban para que saliese á ver este fenómeno; uno solo callaba; « Vos sí que me habeis entendido, » le dijo. Hacía mucho tiempo que estaba convencido que el clima de Santa-Helena acabaría con él; lo mismo pensaban sus compañeros como lo comprueban las cartas escritas por los generales Montholon y Bertrand; en efecto, el 17 de marzo empezó la crisis, que dos meses despues había de acabar con Napoleon. Aquel mismo dia se puso á la ventana, y viendo el cielo nublado, exclamó: « 17 de marzo! hoy hace seis » años que en semejante dia en Auxerre ví nubes » curaria de repente. » Luego agarrando la mano del doctor y apoyándola sobre su estómago, dijo: « Han clavado en mi seno una » cuchilla de carnicero y han dejado la hoja » en la herida. »

Los últimos dias de Napoleon fueron tan grandes como las épocas mas gloriosas de su vida. « Ningun remedio puede curarme, decia » con la mayor serenidad, pero mi muerte » será un bálsamo saludable para mis enemigos; hubiera deseado ver á mi muger y á » mi hijo.... Cumplase la voluntad de Dios! » Y luego, con una actitud digna de Sócrates, añadió: « Nada hay de terrible en la muerte. » La he tenido por compañera en mi cabecera » durante estas tres semanas, y ahora va á apoderarse de mí para siempre. » Otro dia decia: » Los monstruos! cómo me han hecho padecer! Si hubiesen mandado fusilarme, hubiera » muerto como soldado..... He hecho mas ingratos que Augusto; ojalá me hallase como » él en el caso de perdonarlos! » La nueva casa, destinada á Napoleon, estaba acabada. « Servirá para mi túmulo, » dijo, y en efecto, las piedras sirvieron para su sepulcro.

El 15 de abril, Napoleon se encerró con el general Montholon y M. Marchand, y redactó el testamento, donde nadie está olvidado, entre los que le han seguido y los que ha dejado en Francia, ni tampoco los que habían muerto, ni los perversos que le habían

vendido. Este precioso inventario de los sentimientos de Napoleon vuelve atrás desde su juventud hasta Longwood. En el momento supremo, se acordó de los hijos del general Dutheil, que fue su ayo en la carrera militar, de la familia del representante Gasparin, que fue su protector contra los envidiosos, del hijo del intrépido Dugommier, su amigo, y el primero que adivinó el futuro dueño de la Europa, en un jóven comandante de artillería de la República. Entre sus legatarios, se hallan los soldados de la isla de Elba, los heridos de Waterloo, los proscriptos de 1815, las víctimas de la reaccion, los antiguos amigos, los fieles criados. Su villa querida de Brienne y ocho provincias de Francia tuvieron parte en la liberalidad de este otro César, no menos agradecido y no menos generoso que el primero. En su lecho de muerte Napoleon, conservando en algun modo su autoridad hasta la última hora, estipula los intereses, que despues de su muerte deben ocupar á dos imperios. Su deseo mas vivo es que sus cenizas descansen en las orillas del Sena, en medio de *aquel pueblo frances objeto de su amor*. Ruega encarecidamente á su hijo: *que jamás se olvide que ha nacido prin-*

cipe frances, de no llevar nunca las armas contra la Francia, de adoptar su divisa: Todo para el pueblo frances, etc., etc. Antomarchi se presenta. *He aquí mis preparativos*, doctor, le dijo Napoleon, enseñándole los papeles que cubrian el tapiz. « Me voy..... Ya no queda ilusion, estoy conforme. » El 19, se hallaba algo mejor; todos se alegraban. « *Es cierto,* » les dijo, *que me siento aliviado; pero no* » dejo de conocer que se va acercando *mi último momento*. Luego que muera cada uno » de vosotros tendrá el consuelo de volver á » ver á la Europa, á sus parientes, á sus amigos; en cuanto á mí, voy á ver á mis valientes en los Campos Elyseos. *Sí*, añadió con » una voz fuerte y solemne, *Kleber, Desaix,* » *Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena,* » *Berthier, todos vendrán á recibirme..... En* » *viéndome se entusiasmarán. Hablaré de nuestras guerras con Cipion, Annibal, César y* » *Federico, como no suceda, añadió sonriéndose, que dé miedo allá bajo ver tantos guerreros juntos.* » En este momento entró el doctor Arnold, cirujano de un regimiento ingles. « Todo está concluido, le dijo Napoleon, » el golpe está dado. Estoy muriéndome: voy

» á volver mi cuerpo á la tierra. Acercaos,
 » Bertrand, y traducid al señor lo que vais á
 » oír; no omitais una sola palabra; vine á sen-
 » tarme en los hogares del pueblo británico.
 » Pedía una hospitalidad leal, y se me contestó
 » con prisiones, quebrantando los derechos
 » los mas sagrados que pueden existir sobre la
 » tierra. Hubiera recibido otra acogida de parte
 » de Alejandro, del emperador Francisco y
 » del rey de Prusia; pero tocaba á la Ingla-
 » terra sorprender, engañar á los soberanos,
 » y dar al mundo el espectáculo de cuatro
 » grandes potencias, encarnizadas contra un
 » hombre solo. Es vuestro ministerio que ha
 » elegido esta horrible peña que devora en
 » menos de tres años la vida de los Europeos,
 » para acabar con la mia por un asesinato; y
 » ¿cómo se me ha tratado desde que me hallo
 » sobre este escollo? No hay indignidad que
 » no se me haya hecho sufrir. Las comunica-
 » ciones mas sencillas de familia, aquellas
 » mismas que jamás se han prohibido á nadie,
 » se me ha negado..... Mi muger, mi hijo no
 » han vivido para mí. Durante seis años se me
 » ha hecho padecer el tormento de la incomu-
 » nicacion; en esta isla inhospitalaria, se me

» ha dado por mansion el sitio menos habita-
 » ble, en que el clima mortífero del Trópico
 » tiene mas influjo; he tenido que encerrarme
 » entre cuatro paredes, yo que recorria la Eu-
 » ropa entera á caballo. Se me ha asesinado
 » lentamente, con premeditacion, y el in-
 » fame Hudson ha sido el verdugo de vuestros
 » ministros.... La Inglaterra acabará como la
 » soberbia república de Venecia; y yo mu-
 » riendo sobre esta peña horrorosa, privado
 » de mi familia y falto de todo, mando el
 » oprobrio de mi muerte á la casa reinante de
 » Inglaterra. » Tal fue el manifiesto testamen-
 » tario de Napoleon.

Napoleon estaba demasiado penetrado del sentimiento de su propia grandeza para no creer en la inmortalidad del alma. El 21 quiso tributar los homenajes de cristiano á ese dogma consolador. La víspera, sin avisar á los generales Bertrand y Montholon, mandó preparar un altar en el cuarto inmediato y se confesó con el capellan; el estado del enfermo no permitió que se le administrase el Viático. A solas con el abate Viñali, que solo le habia conocido en Santa-Helena, no dió á ninguno de los testigos de su grandeza pasada el ex-